

REFLEXIONES A PROPÓSITO DE «EL HOMBRE SIN MENTIRA»

Pedro León Morente

En una meditación de Marcel Légaut ⁽¹⁾, me llamaron la atención estas líneas, nada más leerlas:

El punto de partida de lo que somos hoy, de lo que nos queda de cristianismo, es, evidentemente, la percusión espiritual que Jesús provocó en algunos judíos que se encontraron con él. Para mí, la base es el encuentro con Jesús; un encuentro en profundidad.

Légaut dice que, la percusión espiritual que Jesús provocó en algunos judíos fue el desencadenante de un encuentro en profundidad con él. Pero ¿qué creo yo que es un encuentro en profundidad? Para mí, un encuentro en profundidad es una conexión de ser a ser. Pero, ¿qué es el ser? No es fácil decirlo, pero el ser es el lugar de identidad de la persona y en él están contenidas las potencialidades (capacidades, cualidades, dones, etc.) que cada uno, a lo largo de la vida, irá desarrollando para llegar a ser él mismo. Por decirlo de una manera sencilla, el ser es como un grano de cereal en el que está contenido todo lo que dicho grano, como semilla, va a llegar a ser. Si se trata de un grano de trigo sólo se desarrollará como una mata de trigo de la que nacerán espigas que darán otros granos de trigo.

La persona trata instintivamente de buscar por dónde encauzar su vida para poder desplegar sus dones y poner en acción sus capacidades y cualidades. Trata sencillamente de

(1) "Encuentros con Jesús, el hombre sin mentira", *Cuadernos de la Diáspora* n° 3, págs. 47 a 53. Texto de un "topo" de M. Légaut en La Magnanerie de Mirmande, en julio de 1981.

encontrar cuál es su camino, su vocación, busca por donde poder desarrollarse. Aunque detecta que tiene aptitudes o cualidades para varias cosas, hay alguna en la que destaca y que le llama más la atención; siente que tiene más facilidad para avanzar por ahí y que algo interior le induce a seguir avanzando en ese camino. Un camino en el que, posteriormente, tendrá que introducir cambios, incorporar nuevas aptitudes y cualidades que le irán surgiendo a lo largo de su vida y en el cual él irá acometiendo otras iniciativas.

Seguir una invitación interior conlleva un proceso que no es igual para todas las personas, en tiempo y forma, y que también va a depender del tipo de decisión que tomemos en función de la invitación recibida. En principio, la persona se mueve por simples intuiciones, que son movimientos interiores leves, con una carga importante de dudas. Posteriormente, la persona va avanzando en el día a día, empiezan a surgir elementos que va descubriendo y que le aportan nueva información. Entonces, lo que anteriormente eran meras intuiciones pasan a ser evidencias. Evidencias que se van consolidando con el tiempo, a medida que uno mismo va dejando caer las dudas. A través de todo lo que la vida nos va presentando, esas evidencias se transforman, con el tiempo, en certezas; certezas que uno ya no puede negar.

Creo que este proceso es al que Légaut se refiere al hablar de la percusión espiritual que Jesús provocó en algunos judíos. La forma de ser y de hacer de Jesús tuvo eco (percusión espiritual) en algunas personas. Dichas personas ya tenían capacidad para las relaciones y para la acción, pero fue la presencia de Jesús lo que las avivó interiormente. Hay que tener presente que los apóstoles eran adultos, con distintas profesiones y con cargas familiares algunos de ellos. Sin embargo, la presencia de Jesús les hace dejarlo todo y seguirle, no de una manera cómoda sino con muchas dudas, sin entenderle en muchas ocasiones.

Sin embargo, sus intuiciones iniciales se van transformando en evidencias a través de la convivencia diaria, de lo que ven hacer a Jesús, de la acogida incondicional que él tiene ante cada una de las personas con las que se cruza. Todo este actuar de Jesús va calando en ellos hasta que llega el momento de entregar incluso su vida dada la certeza que tienen de que lo que hacen es lo correcto. Están convencidos totalmente de la promulgación de la palabra de Jesús a costa de lo que sea y no les importa llegar a perder su vida en ello.

Estoy convencido de que todos tenemos alguna experiencia de este tipo. Veo claro este proceso en mí cuando, sin estarlo buscando, conocí a la que hoy es mi esposa. Tenía veinte años y dentro de mis planes no entraba comprometerme en una relación, pero, al conocerla, interiormente algo se me despertó que me decía que a aquella persona no la podía dejar pasar sin más en mi vida. Como pertenecíamos al mismo grupo de montaña, coincidíamos en las salidas a la sierra y eso me fue permitiendo conocerla más e ir dejando caer mis dudas. Mi intuición inicial fue cambiando y poco a poco se tornó en una certeza. En ese momento me empecé a plantear la necesidad de concretar la relación porque interiormente iba sintiendo que era con ella con quien sí que podía dar pasos para formar una familia.

Es evidente que, en una situación así, se necesita la aquiescencia de los dos y, en este caso, así fue. Los dos sentimos que podíamos comprometernos en formar una familia y empezamos a tener la certeza de que podíamos lograrlo. Aunque hace mucho que tiempo que lo sé, cuarenta y siete años después puedo afirmar, sin ninguna duda, que tenemos un lazo de pareja sólido; que estamos comprometidos en nuestra misión de ser pareja y también en la de ser padres, implicados en la educación de nuestros hijos hasta que han podido llevar su vida en sus manos. Toda una relación de entrega, sacrificio y amor.

Otras personas podrán hablar de su propia experiencia. A mí me vienen a la mente los lazos de misión de cantidad de personas que dedican su vida a voluntariados, labores humanitarias, misioneros, religiosos, profesiones vocacionales, etcétera. De una manera o de otra, seguro que han vivido este mismo proceso, aunque no lo hayan hecho de una manera consciente. Este proceso no es sólo cerebral, ni está movido sólo por la sensibilidad o por la simple apetencia. Nace de lo más profundo de uno mismo y a veces uno no puede dar razones de por qué o de cómo ha llegado a él pues es un proceso visceral, surgido desde lo profundo.

Estas decisiones tomadas desde el "ser", pueden parecerles, a las personas con las que nos relacionamos, que están fuera de lugar e incluso pueden tomarle a uno por loco. Jesús pareció estarlo para su madre y sus hermanos cuando fueron a buscarlo. Pero, cuando la decisión está bien tomada, se recibe un plus de fuerza para mantenerse en ella aun en las dificultades más extremas que nos podamos encontrar. Ser cristiano es ser uno mismo. Si estamos siendo fieles a nuestra conciencia profunda, si seguimos los impulsos de nuestro "ser", estamos en el camino de ser cristianos. Jesús nos invitó a ser nosotros mismos con verdad e integridad. Y esa es nuestra misión junto a él.